

no soy de los aduladores que asistian á clase! Riome yo de imparcialidades y justicias. Está visto que para salir bien, es preciso sentarse en la orquesta... Me dan ganas de saltarle un ojo al profesor!... Y todo por no entrar en Cátedra; que lo que es como contestar, he contestado para sacarme siquiera un aprobadete!

Así decian dos ó tres hojas garrapateadas, unas con tinta, y escritas otras con lápiz, y todas parte sin duda de algún cuaderno de Memorias, que, arrugadas, con una papeleta de suspenso, y una inscripción de matrícula de Historia Natural, me encontré días atrás en el portal del Instituto.



El Tío Tragagentes

A mi hermana Juana

I

QUELLA noche le tocaba de facción al tío Tragagentes, el patriota más exaltado y bravote del pueblo. Fusil al hombro y al frente de una patrulla como cabo de la compañía, hizo sus dos rondas por toda la ciudad, pues la atmósfera política andaba á la sazón muy revuelta, y temianse fuertes asonadas y motines, y al sonar las once en el reloj del Municipio dió el parte ordinario de que el orden público era cabal y se retiró á su casa molido de los pies, tieso de frío y lamentando no haber encontrado un moderadote detrás de cada esquina para rebanarle de un tajo la cabeza.

Una zafia sirvienta, con los ojos carga-

dos de sueño, abrió al tío Tragagentes la puerta de su domicilio. Con el pisar del cansancio subió el miliciano la escalera que desde el portalón conducía á sus habitaciones; penetró en el comedor donde su esposa la señá Abundia le aguardaba, y dejando el fusil en uno de los ángulos de la pieza, se sentó junto á la embayetada camilla, que aprisionaba entre sus faldas el clásico brasero.

— Hace una noche infernal! Bien se explica Noviembre! — dijo el tío Tragagentes aflojándose el correaje. — Esos malditos moderados le van á hacer coger á uno una pulmonía!

Señá Abundia, que al ver entrar á su marido se había agachado sobre el brasero y movía vertiginosamente el molinillo de la chocolatera, exclamó desde las profundidades de la camilla, al oír tales frases:

— Te estaría bien empleado. Me quieres decir qué sacas de la política, ni qué te va ni qué te viene de que mande Juan ó Pedro? Sastre eres y de sastre no has de pasar!

— Y la libertad? — repuso el miliciano. — Es preciso ahogar con sangre la tiranía, barrer de una vez el despotismo!

— Qué barbaridad! — y diciendo esto

retiró señá Abundia el chocolate que ya estaba á punto, y soportando el que su marido murmurara: qué entenderán las mujeres de estas cosas! — preparó dos grandes pocillos, sacó de una alhacena los bizcochos de las monjas, y ambos cónyuges se tomaron, como de costumbre, el sabrosísimo soconusco. El tío Tragagentes no volvió á hablar palabra; hallábase mal humorado y mohino, acabó su jícara y llevándose el fusil á la alcoba se fué á la cama seguido de señá Abundia, que mató de un soplo la luz del comedor antes de ir á acostarse.

II

Ya empezaba el tío Tragagentes á dormirse, cuando un ruido sordo y cercano le hizo abrir los ojos y aguzar las orejas. Juraría que había oído pasos y como si limasen algo! Bah! Aprensiones! El viento que golpearía contra el muro las varas de hierro de las cortinas! Cualquier cosa! Pero el rumor continuaba; desvelado y lleno de zozobra se arrojó el sastre al suelo, acercose de puntillas á la entrada del dormitorio, y se puso á escuchar con la cara pegada á la puerta. No cabía duda, alguien

andaba en el taller, y ese alguien no conocía el terreno y tropezaba con los muebles, á juzgar por ciertos golpes que repercutían en el silencio de la noche, como de objetos derribados por tierra. Serán ladrones? — pensó el tío Tragagentes dándole un vuelco la sangre; y retrocediendo al lecho nupcial, despertó á señá Abundia, que roncaba con estrepitosos rugidos. Qué ocurre? — exclamó la buena mujer restregándose los párpados. Te sientes malo?... Y procurando serenarse le contestó su marido con acento trémulo: Levántate, que hay gente en el obrador!

Gente en el obrador! Dios santo! En seguida sacudió señá Abundia la soñarrera, lanzóse del lecho, y exclamó toda temblona y aterrada: pero, estás seguro? Su marido no le respondió al pronto ocupado en buscar los fósforos en la mesa de noche, pero la caja de cerillas no tuvo á bien parecer, y el miliciano renunció á encontrarla. No había más remedio que vestirse á oscuras, y palpando en las tinieblas, díjole el tío Tragagentes á su mujer, con balbucientes palabras.

No... no... te... andes con calma! Pon... pon...te lo pri... pri...mero que en... en... cuentres, y so... sobre... to... todo, no... no

tengas mie... miedo... que aquí estoy... yo.

Señá Abundia no se tranquilizó con semejante protección ofrecida con turbado acento, y dando diente con diente, repuso acongojada.

— Pues tú... tú... también tiri...tas!

— Es de... de... fri... frio...

— Y... por... por qué no pe... pedimos so... co... corro?...

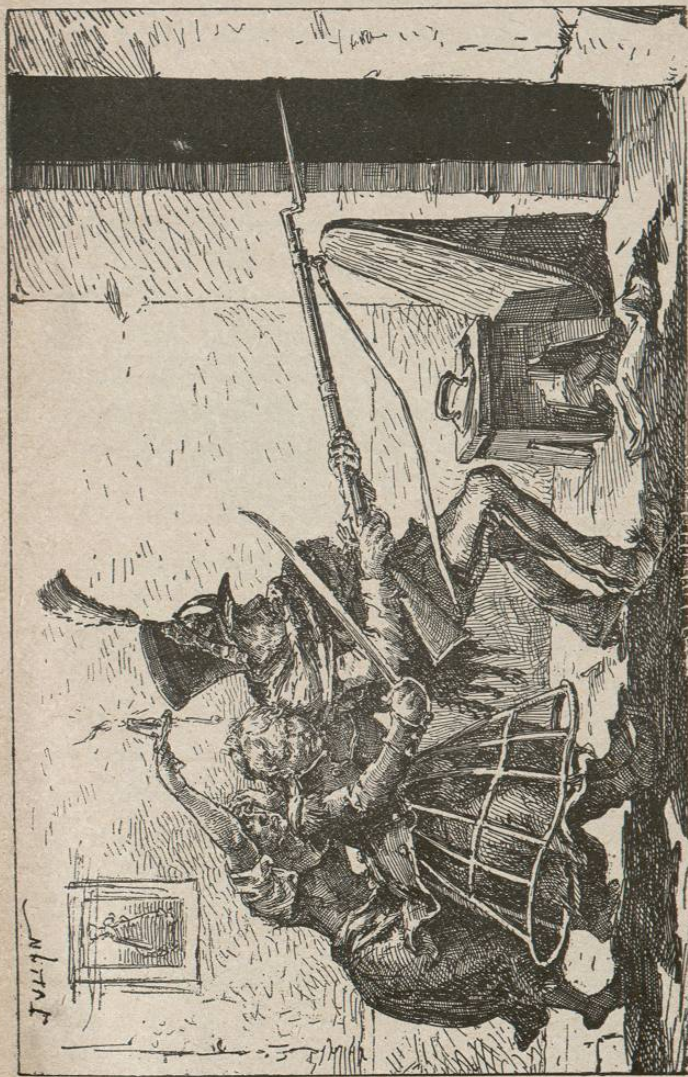
— Por... porque yo... yo... me... me... basto... pa... para co... co...ger á los ladrones — dijo el tío Tragagentes con una jactancia, y afectando un valor que el mismo temblequeo de sus palabras desmentía. Después continuó: Toma, ten el sa... sable, yo lle... lleva... varé el fusil, y si si... gueme.

Y aturcidos, desorientados, sin acertar en su turbación con el lecho, sin darse cuenta de sus actos, cubriéronse con las prendas que primero encontraron, buscáronse en la obscuridad y tocándose con el codo, hablando bajito para animarse, el tío Tragagentes abrazado al fusil, y señá Abundia blandiendo el sable, con tanto miedo como la débil mujer, el furibundo patriota, progresista acérrimo y terror de los moderados de la ciudad, avanzó el matrimonio hasta la salida de la alcoba, y

allí permanecieron junto á la puerta sin atreverse á abrirla. De pronto, se oyeron pasos qué se acercaban... Madre divina! Ellos eran! Flaqueáronles las piernas; se les anudó á ambos cónyuges la garganta, á pique estuvieron de soltar los instrumentos defensivos... y la voz de la criada exclamó con temeroso acento desde afuera, al par que sonaba en los cuarterones de la puerta un repique dado con los nudillos:

— Señor, señor, levántese por la Virgen! Que no sé quien anda en casa.

Aquella voz amiga dió alientos al matrimonio; sobrepúsose él á su inquietud, y abrió la puerta del dormitorio. Cristo de los afligidos! con qué extraños arreos surgieron de las sombras las figuras de ambos cónyuges, al romper las tinieblas la luz del velón que la muchacha traía! Ah, si entonces hubieran visto sus compañeros de milicia al sastre procaz y matasiete; patriotero, vocingleador, lívido como un difunto, con los ojos espantados, sudando de pánico y esforzándose en aparecer tranquilo! La misma incoherencia de sus ropas, aquel pantalón de cuadros, de paisano, el primero que encontró en la percha, jugando con el enorme chacó de plumero de grana, y con el mantón de mujer anudado



á la espalda, que temeroso de una pulmonía llevaba el tío Tragagentes, probaban á la legua que su aturdimiento había sido tan grande, como el de señá Abundia, que luciendo en la cabeza la cofia de noche, abrigándose el cuerpo en defecto del pañolón que no había encontrado, con la casaca azul con peto y charreteras rojas de su esposo, y no pudiendo ante la pesadez de sus obesas carnes concluir de vestirse, seguía-le con solo el miriñaque sobre el refajo amarillo.

III

En estas seguía el ruido del taller cada vez más fuerte; y oíase bien claro el ras-car del berbiquí en la madera. El tío Tragagentes registró el gatillo del fusil para convencerse de que andaba listo; miró con énfasis á las dos mujeres para disimular el propio miedo; les dijo en voz pretencioso de enérgica, pero temblona y apagada: adelante! y él primero, obligado por la negra honrilla, ojo avizor y arma presta; señá Abundia detrás sable en mano, y la criada á retaguardia velón en alto y alumbrando el camino, emprendieron la marcha despaciosamente, alargando el cuello cuanto podían para ver mejor y detenién-



BIBLIOTECA PÚBLICA

dose cada vez que la luz vacilaba combatida por alguna ráfaga de aire.

Ea, llegó el momento crítico; he ahí el taller; preparó el tío Tragagentes su fusil, apuntó á la puerta y gritó con ahogado tono: Quién va? Nadie le respondió palabra y el alarmante estrépito continuaba. Cómo explicarse aquello?... Quién vive?... volvió á decir el sastre perdiendo por momentos el poco valor que le sostenía. El mismo silencio que antes. Era preciso arriesgarse y penetrar en el obrador misterioso, pero quién entraba? Como la cuerda se rompe por lo más flojo, tocóle á la sirvienta tal cometido, y trémula, azorada, obedeciendo al mandato de su amo, dejó la pobre muchacha el candil en un rincón de la estancia y alzó el pestillo de la puerta. Señá Abundia sintió que la luz le huía; bailáronle al tío Tragagentes las pantorri-llas, y el fusil le tembló en el aire respondiendo al traquetear de los brazos que lo sustentaban; empujaron por dentro la hoja de la puerta, y disparado, con la pelambre fosca y los ojos brillantes salió por el resquicio un enorme gato blanco, corriendo en tres pies, y con una mano encogida y sujeta por la trampa de una ratonera que colgaba de la pata del animal zaran-

deándola. El animal, mayando con furia, pero con apagado timbre, pasó por entre las piernas del sastre, y se perdió de vista con su cepo de alambres á cuestras.

IV

Aquella aparición inesperada fué el rayo de sol que disloca las nubes. Como no se les ocurrió una cosa tan sencilla! No había que cavilar mucho para explicarse lo acontecido: á despecho de la vigilancia de señá Abundia, que de ninguna suerte permitía entrar al gato en el taller por causa de ciertos riegos que estropeaban las telas, el gato se había colado en el obrador, y allí se quedó, probablemente durmiendo á sus anchas sobre la ropa. Despertóse luego y quiso salir; tal vez indignado de que menoscabasen sus funciones, le dió un papirotazo á la ratonera que en la habitación tenía el sastre; acaso entró en ganas de merendarse el queso del cebo, y metió la mano en la trampa, ello es que cayó en el garlito, y al verse preso, comenzó á dar saltos sacudiendo la ratonera contra los muebles para quitársela. Nada de particular ofrecía que el tío Tragagentes no oyera

los maullidos del animal, pues hallábase afónico con una ronquera crónica.

La idea de que ya no corrían peligro alguno, devolvió la calma á los conturbados espíritus de los tres miedosos; y soltando la llave á la risa, rompieron en una carcajada descomunal y unánime. Después, el tío Tragagentes bajó su fusil, y echándose las de perdonavidas, exclamó con gran empaque: — De buena se ha librado! Y con la tranquilidad hija de la confianza, abrió de par en par la puerta del taller.

Madre de Dios lo que vieron sus ojos! De pie derecho en el mostrador, sin duda dispuesto á lanzarse sobre los que entraran, apareció el bulto de un hombre confusamente dibujado en la suave luz que el candil despedía. No era, pues, el gato el causante del ruido! Había en realidad un ladrón en el taller! La sorpresa de los exploradores, después de su confianza, fué tan monstruosa, que se quedaron inmóviles, estupefactos, con la sangre agolpada al corazón, á pique de perder el sentido.

Al fin su terror estalló en un grito espantoso; el tío Tragagentes, por un esfuerzo supremo, se echó el fusil á la cara, hizo fuego, y la bala disparada por el miedo, sin puntería alguna, fué á dar por ex-

traño capricho de la casualidad contra el bulto del ladrón, que rodó cuan largo era al suelo. Y tras aquel disparo de valor, amos y criada echaron á correr á un mismo tiempo, soltando las armas, atropellándose, enredándose el sastre en el miriñaque de su mujer, y cayendo á tierra los dos cónyuges y la sirvienta que detrás venía, levantándose luego y siguiendo des-pavoridos su carrera, sin dejar de gritar á voz en cuello: Ladrones! Ladrones!

El ruido del disparo y las voces de auxilio que de la casa del sastre salían, introdujeron la alarma en la barriada. A poco se presentó una patrulla de milicianos con el alcalde al frente; subieron al taller, y de bruces sobre el suelo, con el cuerpo de cartón y la levita atravesada por una bala, halláronse el maniquí que el tío Tragagentes usaba para la primera probatura de prendas y que en su turbación había tomado por un hombre el digno cabo de la milicia.

A la mañana siguiente todo el pueblo hablaba del fusilamiento del maniquí, por su propio dueño, y el tío Tragagentes, el furibundo patriota terror de los moderados, quedó desacreditado en justo castigo á su fanfarronería.